

LA FUENTE  
DE  
SANTA POLONIA

Y  
EL DUENDE CRÍTICO

CURIOSIDADES MADRILEÑAS

POR

D. HILARIO PEÑASCO DE LA PUENTE

Y

D. CARLOS CAMBRONERO

CON UN PRÓLOGO DEL

DOCTOR CALATRAVEÑO

---

MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Plaza de la Paja, 7 bis.

1889

Este folleto se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al precio de **una peseta**. Los pedidos se dirigirán á don Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2.

---

De los mismos autores:

## LAS CALLES DE MADRID

NOTICIAS, TRADICIONES Y CURIOSIDADES DE LA VILLA

CON UN PLANO DEL SIGLO XVII

---

En preparación:

## ANALES DE MADRID

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DÍAS

A ca | 60  
1

In. v. alu. 160

LA FUENTE

DE

SANTA POLONIA

Y

EL DUENDE CRÍTICO

CURIOSIDADES MADRILEÑAS

POR

D. HILARIO PEÑASCO DE LA PUENTE

Y

D. CARLOS CAMBRONERO

CON UN PRÓLOGO DEL

DOCTOR CALATRAVEÑO

MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Plaza de la Paja, 7, bis.

1889



---

**ES PROPIEDAD**

Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---

## PRÓLOGO

No existen para nosotros demandas más apremiantes que las hechas en nombre de la amistad, y en este solo concepto nos atrevemos á tomar la pluma para escribir unos cuantos renglones, que sirvan de modesto vestíbulo á los dos curiosos trabajos dados á luz por mis estimados amigos D. Hilario Peñasco y D. Carlos Cambronero. Refiérese el primero á la existencia de una fuente de aguas minero-medicinales que, conocida en época remota, fué relegada al olvido merced al constante trabajo de ese gran maestro de verdades que se llama Tiempo; las reformas introducidas en el cuartel de Inválidos de la capital donde dichas aguas radicaban, las incesantes transformaciones, debidas al progreso de nuestros días, llevaban camino de borrar por completo el recuerdo de un manantial que puede prestar valiosísimos servicios á los habitantes de la coronada Villa: nada he de manifestar de la parte histórica; poco he

de referir de la tradición; nada he de señalar de los esfuerzos hechos para reunir cuantos datos pueda desear el más exigente; voy á fijarme tan sólo en la importancia de las aguas, bajo el punto de vista médico.

Dicen los autores de este folleto que, hecho el análisis del manantial, han resultado pertenecer sus aguas á la familia de las *bicarbonatadas*, clase ó variedad de las *ferruginosas*; y guiándonos nosotros por este análisis, no podemos menos de reconocer que su uso ha de estar indicadísimo en dos ó tres clases de dolencias, á cual más frecuentes en las grandes capitales como Madrid; me refiero á las diversas clases de *dispepsia*, á la *clorosis* y á la *anemia*; sabido es por todos lo que estos padecimientos abundan en los centros de civilización; los abusos en el régimen, ya en cantidad ó calidad; las sofisticaciones de los alimentos, por desgracia tan frecuentes; las vigiliass prolongadas, con objeto de alargar las horas del placer ó de aumentar los momentos para los trabajos que proporcionan el sustento cotidiano; cada una de estas causas por sí es bastante á producir trastornos en la digestión, que, debiendo ser normal, se va desviando de lo fisiológico para avanzar con pasos agigantados hacia la enfermedad, que, comenzando por pequeños dolores, por insignificantes molestias después de cada comida, termina por alterar el organismo de manera tan profunda por falta de nutrición, que muchas veces suele colocar al triste paciente á los bordes del sepulcro.

¡La *anemia* y la *clorosis*! He aquí otros dos pade-

cimientos, frecuentes al extremo en los grandes centros de población; la herencia escrofulosa ó tisiógena de los padres; los excesos del alcoholismo; la falta de luz del sol, el respirar incesantemente un aire escaso de oxígeno; la permanencia durante largas horas en talleres, oficinas y demás centros de trabajo, donde la atmósfera ambiente está cargada de emanaciones mefíticas: todas estas circunstancias, que rara vez obran por separado, sino que frecuentemente se aunan para destruir los organismos, engendran terribles padecimientos, que siegan en flor y arrebatan en lo mejor de su vida millares de existencias.

Y he aquí cómo insensiblemente he venido á mi objeto, que no era otro que dar una noticia de las indicaciones de las aguas de la fuente de Santa Polonia; siempre que se observe inapetencia, malas digestiones, dolor á las dos horas de haber comido ó inmediatamente de haberlo efectuado, pesadez de cabeza mientras dura la digestión, eruptos ácidos, deseos de vomitar ó la lengua cubierta de una capa blanco-amarillenta, debe hacerse uso de estas aguas; para ello se beberá un vaso de medio cuartillo en ayunas, repartido en dos veces, con intervalo de media hora de una á otra toma, y se hará uso del agua á discreción durante las comidas, ya sola ó mezclada con un poco de vino tinto.

Iguales dosis y manera de usarla deben emplearse en la *clorosis* y *anemia*. Así como en la *dyspepsia* y síntomas de ella derivados, y que antes hemos transcrito á la ligera, el agente curativo es el bicarbonato, en las dos últimas dolencias el



hierro es el elemento beneficioso, y en este concepto, las personas débiles, linfáticas ó escrofulosas, las jóvenes próximas á la época menstrual, las que sientan dolores antes de iniciarse el flujo periódico, los niños que tengan las piernas torcidas, cabeza grande, labios gruesos y que padezcan frecuentes erupciones cutáneas, todos éstos deben también aprovechar la acción beneficiosa de estas aguas. Inútil nos parece advertir que, cualquier fenómeno, síntoma ó novedad que experimenten los pacientes durante el uso del agua, deben ponerlo en conocimiento de su médico para que les aconseje, en vista de lo que observe, la supresión ó variación del uso de la misma.

Respecto al segundo artículo que va en el libro, ó sea el titulado *El Duende crítico*, poco he de decir; pero no he de pasar en silencio la semejanza que he notado entre la época en que apareció el tal *Duende* y la actual. Falta hacía en nuestros días un nuevo *duende* que incesantemente criticara las *irregularidades*, caciquismos, atropellos de todo género, miserias políticas, ambiciones personales, ansia de mando y sed de dominio que se nota en algunos personajes, á quienes su continua gritería en Congreso y Senado llega á colocarles á la altura del célebre *Enano de la Venta*, que, de lejos y resguardado, se manifestaba arrogante, y en el terreno descubierto aparecía todo humildad; pero no quiero fijarme más en estas pequeñeces, y voy á terminar diciendo cuatro palabras de los autores.

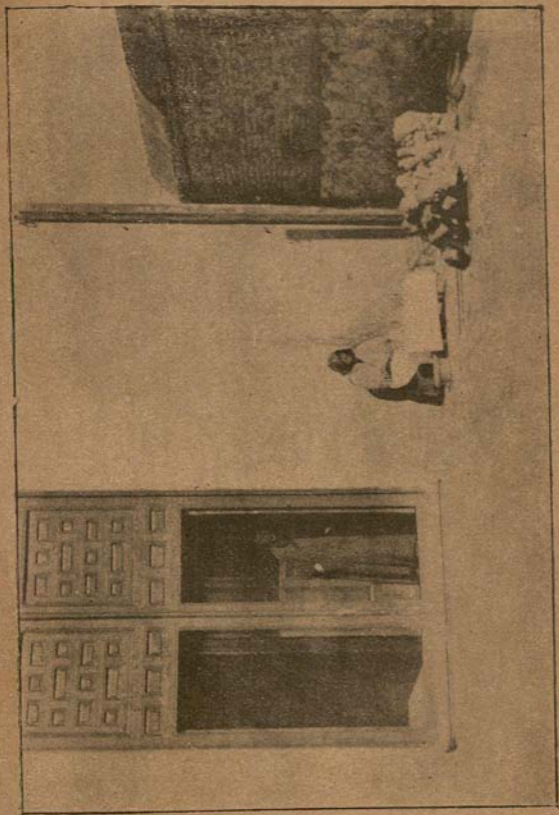
Son hombres que, respirando y sintiendo bullir en su derredor la atmósfera de lo moderno, están

enamorados perdidamente de los tiempos antiguos; buena prueba de ello es su reciente obra *Las calles de Madrid*, donde con paciencia benedictina han ido recogiendo noticias, leyendas, tradiciones, fechas y nombres, que son preciado conjunto para el curioso y libro de consulta para el erudito; despues se propusieron sacar del olvido *La fuente de Santa Polonia*, y para ello han escrito el presente trabajo.

¡Ojalá tenga el éxito que la laboriosidad de los Sres. Peñasco y Cambronero merece, y ojalá los madrileños les agradezcan como deben, el haberles señalado un manantial donde pueden encontrar lenitivo á incómodos padecimientos! Urge hacer un análisis detenido y concienzudo de las aguas para poder apreciar de una manera fija las sustancias que las mismas contienen en cantidad y calidad; y si, como creemos, el examen responde á las esperanzas que los primeros ensayos han hecho concebir, cuidar la fuente, descubrir su nacimiento, regularizar su uso, señalar sus indicaciones y conceder al Sr. Peñasco la gloria que legítimamente le pertenece por haber sido el primero en llamar la atención del público sobre lo que tal vez pueda convertirse en nuevo ventero de riqueza para la capital de España.

DR. CALATRAVEÑO.







## LA FUENTE DE SANTA POLONIA

Dedicados al estudio de las curiosidades madrileñas, y arrastrados con especial frenesí por todo lo que á Madrid se refiere, es el hecho que encontramos en 1886, hojeando el rarísimo libro de Quintana *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de Madrid*, impreso en 1629, el riquísimo dato é inapreciable cita que señala la existencia de una fuente de aguas medicinales en la capital de España.

Dice el cronista citado al reseñar las fuentes de Madrid: «La del humilladero de Nuestra Señora de Atocha, y dentro del patio del convento la de Santa Polonia, que, por nacer de una ermita antigua dedicada á aquella Santa tomó de ella el nombre, cuya agua se ha experimentado hace maravillosos efectos en las enfermedades de piedra y mal de riñones.» Sorprendidos agradablemente, mas algún tanto dudosos, porque la verdad es que el antiguo Rector del hospital de la Latina dejó correr algunas veces la pluma impul-



sado por una credulidad mal aconsejada, nos dedicamos á rebuscar en cuantas obras de Madrid se habían escrito hasta aquella fecha la comprobación de este dato, y desgraciadamente nuestra investigación obtuvo un resultado negativo; pues si bien Quintana, y con él todos los que han tratado de la historia de Nuestra Señora de Atocha, mencionados por el erudito Muñoz y Romero, ratifican la existencia de la fuente medicinal, cabía la duda, á nuestro juicio fundada, de que unos se hubiesen copiado á otros, partiendo siempre de la aseveración del cronista matritense.

En otros autores más modernos, y muy curiosos por cierto, como el Sr. Fernández de los Ríos, nada referente al asunto hallamos, aunque habla de las principales fuentes públicas y del análisis que en 1852 hicieron los Sres. Masarnau y Lletget de las aguas de la zona de las arenas, tomadas en los puntos donde se reparten á las fuentes de Madrid. El mismo desencanto tuvimos leyendo la *Memoria de las medidas adoptadas para contener la invasión del cólera en 1885*, escrita por el Sr. Bosch, donde se estudian, mediante análisis, las condiciones de las fuentes que tiene Madrid surtidas con aguas de los antiguos viajes de la Villa. Tanto la obra del Sr. Fernández de los Ríos como la *Memoria* del Sr. Bosch, cumplen bien su misión, en el sentido de que la primera no es más que una *Guía* para uso del viajero, y la *Memoria* un estudio limitado y de circunstancias.

En este estado la cuestión, abandonamos las investigaciones bibliográficas, si vale la palabra, y variando de rumbo, nos personamos en el ex

convento de Atocha, decididos á inspeccionar el edificio con tenacidad aragonesa, y dispuestos á recoger verbalmente las noticias que nos facilitasen los más enterados acerca de la historia y vicisitudes de aquella fundación. Al propio tiempo pusimos á contribución los amigos que, por sus conocimientos históricos referentes á la Villa, podían ayudarnos en la difícil y penosa tarea de volver á la vida un asunto enterrado de luengos años en la sepultura del olvido.

Siguiendo el nuevo camino tuvimos mejor fortuna. Averiguamos que la fuente en cuestión se hallaba antiguamente junto al molino aceitero de los Padres Dominicos, en el extremo oriental de la que fué *Huerta de Atocha*, y frente, en línea recta, de la entrada del cuartel de Inválidos, hoy demolido. A esta fuente le dió nombre el general Zapatero, llamándola de la *Princesa*; pero habiéndose ocurrido adornarla con unas *conchas*, la nueva denominación no hizo fortuna, y el vulgo la designó por el nombre del adorno que tenía.

Debemos hacer constar que el eruditísimo y modesto aficionado á las antigüedades de Madrid, D. José Santa María de Hita, nos auxilió en nuestras investigaciones con tal acierto, que faltaríamos á un deber de amistad si no hiciésemos público lo mucho que nos ha favorecido su valiosa cooperación.

Nuestro deseo se vió coronado por el éxito: la fuente existía, pero nos faltaba averiguar si era cierta la virtud atribuída á sus aguas; y habiendo escrito con el indicado objeto al Sr. D. Manuel Salvador, comandante de Inválidos, nos contestó,



en cariñosa carta de 16 de Mayo de 1887, entre otros párrafos, el siguiente: «Desde hace muchos años se consideran las fuentes de este Cuartel, y que proceden de su huerta, como de virtudes medicinales; tanto, que no pasa día sin que vengan muchas personas á beber su agua, y aun á llenar vasijas que se llevan al interior de la población.» Particularmente sabíamos que la esposa de tan digno militar había por aquel entonces encontrado, merced al agua de la fuente de Santa Polonia, una notable mejoría en la pertinaz dolencia que del estómago venía sufriendo, y logró su curación sin otro medicamento que el agua citada.

A mayor abundamiento, un estudioso médico que habitaba en el Puente de Vallecas, D. Pablo Laguna y Téllez, nos aseguró que las aguas en cuestión habían dado, entre los vecinos de aquella barriada, buen resultado en las enfermedades del estómago por atonía é inapetencia; y para garantía de su aserto nos facilitó la competente certificación, que obra en nuestro poder.

No contentos con estos datos, aunque debieran haber bastado á otros menos meticulosos, obligamos á un cariñoso amigo á hacer en presencia nuestra un análisis en su laboratorio químico, según todos los principios que la ciencia señala, resultando, por fin, que la fuente de Santa Polonia es de aguas bicarbonatadas ferruginosas.

Convencidos ya de que la noticia del licenciado Jerónimo Quintana era de indiscutible certidumbre, y satisfechos del buen resultado de nuestras gestiones, hicimos público el descubrimiento en *El Imparcial* del día 22 de Agosto de 1886, cuya

noticia copió la mayor parte de la prensa madrileña. *El Globo* del 21 de Marzo del año siguiente insertó, bajo el seudónimo de *El doctor Fausto*, un precioso artículo de nuestro querido amigo don Manuel Tolosa Latour, quien, con la galanura de estilo que le es propia y la profundidad de conocimientos que todos en él reconocen, llamó la atención en favor de las mencionadas aguas.

El Real Patrimonio, dando oídos á nuestra justísima demanda, cuidó desde entonces con exquisito celo de la fuente de Santa Polonia, y hoy puede verse á espaldas del edificio, ante la puerta de la pequeña capilla que se ha habilitado para sostener el culto de la veneranda imagen de Nuestra Señora de Atocha, mientras se realiza la obra proyectada.

El manantial creemos que nace donde estaba la antigua puerta del Retiro llamada de la Corona, entre la Estufa y el Observatorio. Según nuestro entender, deben existir otros dos manantiales: uno procedente del parador de Muñoz, detrás de la escuela Aguirre, y otro de procedencia desconocida, que se encuentra cortado por el paseo de la Reina Cristina, cuyo manantial iba á parar á la cocina de los frailes.

Laboriosa y rodeada de todo linaje de contradicciones fué nuestra investigación; pero gracias á la perseverancia que nos animó desde el primer momento, hemos conseguido descubrir una fuente entregada al olvido, y facilitar un remedio sencillo y económico para los que padecen del estómago.

Próxima á dar comienzo, según tenemos enten-

dido, la reconstrucción del templo de Nuestra Señora de Atocha, esperamos fundadamente que el Patrimonio Real cuidará de embellecer la fuente y el sitio en que se halla instalada, dando salida al agua por medio de un caño colocado á proporcional altura.

El grabado que aparece al frente de este artículo, está tomado de una fotografía sacada *d'après nature* por D. Augusto Comas y Blanco, hijo de nuestro antiguo catedrático de Derecho civil en la Universidad Central.

Hemos conseguido, y esto nos basta, rescatar del abandono en que yacía la fuente de Santa Polonia, para que no se pierda, como sucedió con otras de aguas medicinales, la de Recoletos, por ejemplo, la del abrevadero del Puente de Segovia, y la célebre de la huerta de San Francisco el Grande. El tiempo que alguna vez habremos perdido rebuscando noticias que no han podido luego ser comprobadas, y á las que por lo mismo hemos tenido que renunciar, hoy viene á compensarse con nuestro descubrimiento; que si vale poco para el erudito haber encontrado una noticia perdida entre las columnas de un libro del siglo XVII, los enfermos que hallaron un lenitivo, ó quizás la curación de su dolencia, consagrarán siempre cariñoso recuerdo al que, con incesante y desinteresado celo, libró de su desaparición las aguas medicinales de la fuente de Santa Polonia.

## EL DUENDE CRÍTICO

Alguna vez hemos visto confundir al *Duende crítico* con el *Duende de Palacio*; y aunque la cosa no ofrece importancia para conmover los cimientos de la historia patria, ni lleva en sí interés suficiente á despertar la atención de propios y extraños, bueno será, por si algún curioso quisiera entretener sus ocios, sacar á flor la diferencia que existe entre uno y otro Duende. El de Palacio era, como todos sabemos, el famoso y renombrado D. Fernando Valenzuela, favorito de la reina doña Mariana de Austria, madre de Carlos II, y llamábasele *duende* porque dió en averiguar, antes de hacerse pública y notoria su privanza, cuanto en Palacio y fuera de él sucedía, contándosele de secreto á doña Mariana, tan al por menor, como si por obra de encantamiento lo supiese. Este *duende* se ha hecho conocido hasta en las escuelas, y no hemos de cansar al lector con relaciones impertinentes. El *Duende crítico* es el que ha de ocupar nuestra atención, pues vale la pena de que deslindemos el campo en que uno y otro giran, puntualizando el carácter de éste, su persona, época en que vivió y cuantas circunstancias vengan á mano para conocerle cuando nos

lo depare la suerte en el curso de nuestra vida.

Parece que allá por el año de 1735, reinando en España la majestad del rey D. Felipe, quinto de su nombre, andaba la cosa pública muy por lo mediano; y aunque la situación del país había mejorado respecto de tiempos anteriores, no era todo bienandanza y holgura. Cometíanse faltas de justicia por los que precisamente debían administrarla; cobrábanse tributos sobre tributos, aniquilando la riqueza de las pueblos, y repartíanse los oficios públicos entre los paniaguados del Gobierno, que recibían, sobre sus pingües sueldos, pingües retribuciones, so color de emolumentos y adehalas, en tanto que el jefe del Estado distraía sus accesos hipocondriacos cazando ciervos en la Zarzuela ó viendo correr las fuentes del Real Sitio de San Ildefonso, sin dársele un ardite de que sus pacientes y sumisos vasallos padeciesen hambre y sed de justicia.

Y vaya en cuenta que, merced á una rara casualidad, de esas que no se repiten con frecuencia, tenía entonces España un Ministro sabio, celoso y honrado; cualidades que antiguamente no solían verse reunidas en los hombres que gobernaban la nación. Ahora sí: Ministros como aquél creemos nosotros que se encuentran al volver de una esquina.

Era D. José Patiño hombre de rectos principios y de profundo talento político, al punto de que se le ha llamado por algunos el Colbert español. Desempeñó los cuatro ministerios de Estado, Hacienda, Guerra y Marina con tal acierto que su gestión dejó en todos los ramos gratos re-

cuerdos de sus reformas. Sus enemigos contemporáneos le ensalzaban, y los historiadores modernos le tributan merecidos elogios. Pero claro es que nunca llueve á gusto de todos: Patiño tuvo que vencer obstinada oposición, ya porque los encargados de llevar á la práctica sus propósitos no lo hacían con el buen acierto que era de desear, ya también porque no se puede hacer desaparecer de una plumada, con una Real cédula, el abuso y la dilapidación que de luengos años formaban el objetivo de la política cortesana.

Como eco fiel de los malcontentos se presentó el *Duende crítico*, exagerando á veces su censura contra las medidas del Gobierno ó contra los personajes que tenían mano en los asuntos de Estado; presentando también á las claras aquellos actos que merecían anatema, y descorriendo el velo con que se cubrían la coacción de un Alcalde de Corte ó el amaño de un Consejero de Indias.

La primera sátira del *Duende* apareció el jueves 15 de Diciembre de 1735, y es la que comienza:

«Yo soy en la corte  
un crítico duende,  
que todos me miran  
y nadie me entiende.  
Cuando meto ruido  
en el Gabinete,  
asusto á Patiño  
y enfado á los Reyes.»

Continúa exponiendo su programa, que consiste en revelar cuanto sepa, y promete salir á luz todos los jueves.

En la sátira del día 29 del mismo mes y año, se figura que el *Duende* había formado un *Nacimiento* de actualidades, y dice:

«Fué lo primero que hizo  
*portal* del palacio viejo,  
y *Niño* del Cardenal  
arzobispo de Toledo.

De su padre el *San José*,  
que, si no miente el convento,  
él tiene todas las señas  
y aun de celos y recelos.

*Virgen*, no encontró en Palacio  
figura que pueda serlo,  
y pidió prestada una  
que servía en un convento.

Del Patriarca, la *mula*,  
por razón del mismo empleo;  
el *buey*, del marqués Scoti,  
con licencia de su dueño.

Para los *simples pastores*  
y *bobos* del nacimiento,  
en las Reales Covachuelas  
halló todo surtimiento.

Y para la *adoración*  
*de los Reyes*, se ha dispuesto  
hacer de los Reyes, Reyes,  
que Reyes hay para ello.»

Aquí juega el *Duende* con el vocablo. Reyes era un personaje influyente cerca de Patiño, y quizás tendría colocados en los Ministerios, Consejos y Tribunales, muchos parientes que llevasen su mismo apellido.

Es intencionada la letrilla siguiente, de la que sólo transcribimos las estrofas principales:

«Con esquiveces y ultrajes  
domina y devora á España,  
desde la inculta montaña,  
una tropa de salvajes:  
los que más, han sido pajes,  
y hoy son todo vanidad:

Es verdad.

El pastor de esta manada,  
y de todos mayoral,  
ha puesto á cada animal  
en cabaña separada;  
y porque esté bien cuidada  
á su hacienda se retira:

Es mentira.

Hay para el mundo absoluto  
un triunvirato al revés,  
que de Césares no es,  
aunque cualquiera es un Bruto,  
y no conceden tributo  
aun á su misma deidad:

Es verdad.

Mirad, al fin, mentecatos,  
los que hoy hacéis padecer  
á España bajo el poder  
de vuestro Poncio Pilatos,  
que os quedan muy pocos ratos,  
pues la privanza que admira:

Es mentira.»

No usaba ciertamente el *Duende crítico* esa difícil mesura que la sátira requiere; antes bien, ol-



vidando aquello de *parcere personis, dicere de vitiis*, dirige su pluma contra los hombres que más se significaban en la política española, considerando, y no la erraba, que una censura sistemáticamente personal obtendría con seguridad el beneplácito de cuantos la conociesen. Y no pára en esto; sino que, abandonando la ingeniosa delicadeza con que el escritor satírico debe encubrir sus venenosos dardos, zahiere á todos, descarada y abiertamente, con frases que rechaza un estilo literario y correcto.

He aquí cómo se expresa en un romance:

«Entre los muchos malvados  
que en tiranía obtuvieron  
el mando, fué un tal Patiño,  
sin Dios, sin ley, ni Consejo.

Este creó una tertulia  
de fatales hombrezuelos,  
gente infame, de servicio,  
y de ruines pensamientos:  
un Ustáriz, gran bribón,  
intencionado, embustero;  
un tal Quadra, gran borrico,  
con las uñas como anzuelos

.....  
.....;

un Reyes, un fray Gaspar,  
y en él Calvino y Lutero,  
Molinista (1) y arriño,

(1) Partidario del cardenal Molina, Presidente del Consejo.

anabaptista y jansenio:  
en éste se simboliza  
la estatua del Evangelio;  
éste pervirtió la Iglesia  
y hasta sus santos respetos;  
éste robó la Cruzada.»

.....

Véase con qué colorido describe una junta de  
hombres del Gobierno:

«Para un negocio de Estado  
de la mayor importancia,  
llamó don José Patiño  
en El Pardo, esta mañana,  
sus íntimos consejeros,  
Ustáriz, Reyes y Quadra,  
covachuelistas andantes,  
tristes figuras de España,  
tan Quijotes en el cuerpo  
como Sanchos en el alma.  
Juntos, pues, callaron todos,  
y con las bocas cerradas,  
oyeron al padre Eneas,  
que así habló desde la cama:  
—Bien sabéis, ó bien lo veis,  
que en el político mapa  
de las cosas de la Europa  
hemos errado la escala.—  
La Francia nos ha faltado  
al tiempo que más nos falta,  
el rey don Carlos está  
en embrión de Monarca.»

.....

El *Duende*, en una larga relación que pone en boca de Patiño, descubre la situación de España con respecto á las demás potencias, y después figura que el primer Ministro desea conocer la opinión de sus compañeros:

«Decid vuestro parecer,  
que el caso es éste en sustancia.  
Hizo Ustáriz cortesía,  
Gasparón no dijo nada,  
porque, aunque en toda la arenga  
de cuerpo presente estaba,  
ni atendía, ni entendía  
el salvaje una palabra.  
El señor don Sebastián  
habló, y dijo con voz baja,  
que era ardua la materia  
y de muy grande importancia,  
y digna de la atención  
de todos los camaradas;  
que era lo mejor llamarlos  
y con todos consultarla.  
Pareció bien á Patiño,  
y mandó se despacharan  
dos docenas de correos  
por toda la *Patiñada*.  
Vino Ustáriz, Goyeneche,  
Gasteluza, Maturana,  
Mello, Mesa, San Vicente,  
Matëo Pablo, Fuenclara,  
y don Fray Gaspar también,  
sin que nadie le llamara.»

Se reune de nuevo la junta, y después de mucho deliberar, se toma un acuerdo que, en sustancia, era sólo dar largas al asunto.

«Con esto, y como tenían  
ya de marchar todos gana,  
se fueron á concluir  
sus tareas cuotidianas.  
Mello, Mesa y San Vicente  
fueron hablando con Quadra  
sobre un caso de conciencia  
de materia reservada.  
Ustáriz se fué á jugar  
al mohíno (1) con Juaznábar;  
Reyes á dar cuenta al cojo  
de todo lo que pasaba.  
A acabar sus devociones  
Juan Bautista Maturana,  
y Scoti con un golilla  
á la comedia italiana:  
don Fray Gaspar volvió haciendo  
Rodrigón de la Fuenclara,  
Goyoneche, que enojado  
estaba de mala gana,  
fué á visitar los sagrarios  
de las damas cortesanias.  
Gazteluza con Arizcun,  
Ibáñez á ver á Irazca,  
Valenciano y Portugués  
se fueron á las posadas  
de las camaristas, contra

(1) Juego de naipes.

la Pragmática de marras.

Acabóse de esta suerte  
el gran Consejo de España,  
y Patiño se quedó  
mirando á las musarañas.»

Cuenta el *Duende* que en unos navíos carenados en Cádiz habíanse *hurtado* 12.000 pesos por cada uno, cosa que creemos exagerada, dando de bueno que se hurtase algo; pero siempre menos que lo que el *Duende* decía. Al cardenal Molina, presidente del Consejo, como ya hemos apuntado, le llama *diablo encarnado* faltando al respeto que necesaria y fatalmente han de imponer sobre todo fiel cristiano las vestiduras de la dignidad cardenalicia.

En otra sátira dice:

«Una sala de Alcaldes monigotes  
que cada uno merece cien azotes,  
pues son la cobertera de hombres viles,  
de tantos alguaciles,  
ladrones con licencia,  
que roban con porfía y con violencia  
por plazas, y plazuelas y arrabales».

Que el *Duende* sabía poner los puntos á las *ies*, y llamaba las cosas por su nombre, no hay quien lo sostenga en tela de juicio; pero su atrevimiento nos parece un si es no es licencioso, y hubiéramos deseado que velase un poco sus denuncias, porque precisamente en darlo á entender y no decirlo con claridad, estriba la gracia. Llamar á

Ustáriz bribón, y borrico á Quadra, si lo eran en efecto, poco mérito tiene, porque para ello no se necesita ser duende, ni coplero siquiera; son frases que emplearían en prosa llana desde el más opulento mercader de la Puerta de Guadalajara, hasta el último vendedor en garabito. Censurando nuestro antiguo maestro y amigo D. Juan Eugenio Hartzenbusch la licencia de algunos poetas que al escribir epigramas se dejaban llevar de la pasión contra tal ó cuál personaje, exclama poseído de la buena fe que informó todos los actos de su vida: «Estos ya no son epigramas, sino insultos groseros, y quizá calumnias abominables, que precisamente por la circunstancia de haberse extendido en verso, para que mejor se quedaran en la memoria, todavía son más odiosos é indignos.» Como la sátira y el epigrama tienen en esto puntos de contacto, parecénos que las palabras del erudito maestro vienen como escritas adrede para el desenfado de nuestro *Duende*. Su ensañamiento contra determinadas personalidades y la conocida intención de desprestigiar á Patiño y sus amigos, nos hacen entrever algo que no sale á la superficie, algo que merece también acerba y dura condenación.

Pero dejemos á un lado consideraciones que nos apartan de nuestro primordial objetivo, cual es el de averiguar quién fué el *Duende crítico*. Tarea difícil sería ésta, si la casualidad no nos hubiera favorecido con un manuscrito del siglo pasado, en cuyo documento se relatan *ce por be* la vida del *Duende* y las circunstancias todas que pudiera solicitar el más curioso investigador.

Garantizamos el documento, no los datos que en él se relatan, por más que tienen el sello de la verosimilitud, y nosotros nos determinamos á darle crédito hasta que nos demuestre lo contrario algún erudito, con pruebas halladas revolviendo papeles viejos de archivos y bibliotecas. Y basta de preámbulo.

## HISTORIA DEL DUENDE CRÍTICO

«En el ejército de tropas portuguesas que á principios del siglo XVIII bajaron á Castilla á reforzar los aliados de la casa de Austria en la célebre disputa de la sucesión de España, vino comandando la compañía de dragones D. Manuel Freyre Silva, joven, de nacimiento ilustre en Portugal, de no pequeño ardimiento en las cosas de la guerra y de un ingenio sobresaliente, á que se agregaba una superior cultura. Los vaivenes de la inconstante fortuna, los peligros de la vida en tantos reencuentros y batallas, los desengaños no vulgares de aquellos tiempos, cavaron tanto en lo interior de su ánimo, que apenas se firmó la paz en el Congreso de Utrecht, cuando trató también de hacer la suya con el cielo, dando de mano al mundo y entrándose en los estrechos claustros de la Descalcez del Carmen, en la provincia de Navarra.

Como no es mi intento referir su vida religiosa, paso en silencio su noviciado, exactísimos estudios y varios empleos en que le ocupó su provincia, hasta que con la correspondiente licencia



de sus superiores, pasando á la de Castilla la Nueva, se estableció en Madrid, no sin alguna conveniencia de la corte de Lisboa, que por ciertas críticas circunstancias necesitaba en la nuestra de un hombre del talento y conducta, del padre Manuel de San José (éste es su nombre monástico) que sin el exterior aparato de Ministro manejase con igual disimulo que destreza sus políticos intereses.

El grande aplauso con que era oído de todos en el púlpito; lo sazonado de su erudita conversacion; su trato y modo religioso sin la menor afectación; su talento y habilidad en el manejo de cualquiera negocio difícil y, en fin, la universalidad de sus escogidas prendas, le hicieron considerar desde luego los suyos por sujeto en extremo apreciable, y de los seculares más calificados por un hombre de la primera recomendación, tanto que en el año de 1734, el Definitorio general de su Orden le confió un negocio muy grave, para él que era necesario pasar á Portugal, y asimismo detenerse algunos meses en la corte de Lisboa.

En ella se mereció igual aplauso que en Madrid, y se notó que los primeros Ministros y magnates de aquel reino le buscaban á porfía. Concluida á satisfacción de su Orden la comisión que se le había encargado, y estando ya para concluirse su estada y volverse á Castilla, le encomendó el excelentísimo señor conde de Villanueva (magnate, no sólo de los mayores, sino también de los más ricos de Portugal), el casamiento de su unigénita hija con el segundo de la

excelentísima señora duquesa de Veragua, mada primera y la más confidente de la reina doña Isabel Farnesio. Este matrimonio era en aquel tiempo de un interés considerable, porque además de las prendas de la señora y la desmedida grandeza y opulencia de su casa, de que era única heredera, lo era también presuntiva de toda la de los condes de Cadabal, que, unidas estas dos casas, podían causar celos aun á la del mismo Monarca, por lo que S. M. portuguesa mandó expresamente al de Villanueva no tratase de casar su hija en el reino y que pensase darla á un castellano, pues es ley expresa de aquel país que las hembras no heredan transversalmente casando con extranjeros, por lo que, casando á esta señora con el segundo de la casa de Veragua, se impedía la temida unión.

Encargado de éste y otros negocios el P. Fray Manuel, pasó á Madrid y se empeñó en tratar eficazmente, de palabra y por escrito, con la excelentísima señora duquesa de Veragua; para ésta era de un gran consuelo dar un segundo á la de Villanueva; mucho mayor lo era para la Reina de España, considerando que de esta suerte ponía, sin pretenderlo, cerca de su hija la princesa del Brasil, un sujeto de tanta confianza. Por esto mismo, lejos de hallar repugnancia en Palacio, todo lo halló facilísimo, en cuanto á lo sustancial de la alianza, y sólo había que arreglar algunas circunstancias en que el P. Fr. Manuel no halló tropiezo.

Parecióle al P. Fr. Manuel muy debido el que de todo fuese sabedora la serenísima princesa de



Asturias doña María Bárbara, y que tuviese su alteza real parte en la negociación de ese contrato, pues por hija del Rey de Portugal, la precisión y la urbanidad lo pedían de justicia, y más cuando la reina doña Isabel se introducía tan de veras en el negocio; pero antes de dar cuenta á la serenísima Princesa, avisó el P. Fr. Manuel de su determinación á la de Veragua, y ésta á la Reina, la que con natural desenfado respondió que *no eran menester tantos interlocutores*, y dio orden á la de Veragua mandase al P. Fr. Manuel suspendiese el dar su pretendido aviso á la Princesa, y que hablase en la negociación tan solamente él.

No comprendiendo el P. Fr. Manuel conducta tan irregular, y ofendido interiormente de ver excluída á la Princesa en este asunto, ó infiriendo de tan indebida acción el desprecio que en cosas de mayor importancia hacía á S. A. R., dió aviso á su padre el rey D. Juan de lo que pasaba, y entretanto proseguía la pretendida boda, aunque con alguna lentitud. Ofendido el rey D. Juan de un desprecio tan claro de su Real persona en la de su hija, trató prontamente de tomarse una completa satisfacción, y mandó luego al punto casar á la de Villanueva con el hijo tercero de la casa de Táborá, muy inferior en todo al segundo de los de Veragua, para que así fuese más sensible á la reina doña Isabel el desaire y más conocido el golpe.

En efecto, cuando en Madrid se pensaba en la conclusión del tratado, se recibió aviso de Lisboa estar ya ejecutado. Este no esperado retiro de

los señores portugueses, que á boca llena llamaba nuestra Reina *grosería*, la picó muy vivamente, no tanto contra el P. Fr. Manuel, cuanto contra el Rey mismo, de quien inmediatamente conoció venir la pretendida injuria, que acaso era una muy justa represalia.

Irritada, pues, contra el Monarca portugués la reina doña Isabel, solamente aguardaba se le presentase alguna buena ocasión en que le hiciese ver los terribles efectos de su ánimo indignado. A pocos días se le presentó la mejor y más propia á su venganza, pues por el Carnaval de aquel año mismo de 1735, pasando un reo, conducido de algunos soldados, para la cárcel de Corte, los domésticos de librea del embajador de Portugal, el Sr. Belmonte, le arrebataron de las manos de los conductores, y le dieron el asilo de la casa embajatriz, al tiempo de pasar por ella.

Este lance y sus resultas piden exacta relación del hecho, tanto más cuanto que por entonces la lisonja dió riendas libres á la mentira que dió á luz el ministro español D. José Patiño con unos visos tan distantes de la verdad, que fueron la irrisión y el escarnio de todos los apasionados, y de los que sabían muy por menor las circunstancias del caso. Es verdad que como era una causa tan oculta la que conmovía á la reina de España y la hacía atropellar todas las leyes y derechos de las gentes, muchos creyeron culpado al embajador de Portugal; pero él en realidad estaba inocente del atentado de sus lacayos, é ignorante de los resentimientos de la Reina, pues jamás supo nada del frustrado matrimonio, ni menos



de la satisfacción que el Rey, su amo, se había tomado. Mas si por entonces corrieron, por lisonja ó por temor, tan libres las falsedades, mudado el tiempo es preciso que tenga su propio lugar la verdad. El caso y hecho verídico pasó de esta manera:

De una aldea vecina á Madrid trajo la justicia ordinaria á un homicida, y al entrar por la puerta de Alcalá lo entregaron los alcaldes á una patrulla de soldados para que le condujesen á la cárcel. El hombre venía sobre un pollino, bien asegurado con sogas, y ligados los pies con grillos, que atravesaban por debajo de la panza del jumento. Al ver este espectáculo una infinidad de gentes ociosas que estaban tomando el sol y viendo las diversiones del paseo en la puentecilla que está en este paraje, empezaron á vocear y á rechiflar á los soldados, y aun á decir que no pasarían seguros el puente, pues el Carnaval daba algunas indulgencias con los malhechores. Por esto los soldados, evitando el paso de dicho puente, pasaron el arroyo por más abajo: en él estaban unos lacayos del embajador Belmonte, y á imitación de la burla que los pasajeros hacían arriba, la continuaron ellos en el vado, insultando á los soldados y aun amenazándolos si no dejaban libre al reo. Sobre todo, les dijeron que si osaban pasar por la calle donde estaba la casa de su amo el embajador (que es la primera que está en la calle de Alcalá (1), que se le arrancarían de

(1) Hoy Banco de España.

sus manos, y le valdría precisamente el asilo de las armas que estaban á la puerta.

Riéronse de estas bravatas los soldados, y continuaron su camino por la casa del embajador. Los lacayos pusieron luego en ejecución las amenazas, y acometiendo á los soldados se confundió de tal suerte con la avenida de las gentes el sitio, que el preso entró en el zaguán, que era el único paso que le quedaba libre á la bestia en que iba caballero. Madama la embajatriz estaba en el balcón, y al punto que notó la refriega de sus criados con los *Blanquillos* (1), pasó al balcón que cae á los jardines, dando gritos: «¡Que se matan, que se matan!» El embajador, que se hallaba con el enviado de Saboya y otros Ministros en el jardín, creyó al principio ser chasco de Carnestolendas, y se resistió á salir; pero viendo que su esposa aseguraba con notables y extraordinarios extremos la cosa, se volvieron todos á salir, y al llegar á la puerta de la calle hallaron que, huídos los *Blanquillos*, estaba el preso rodeado del vulgo, pidiendo misericordia y clemencia. El embajador se informó muy por menudo de lo que había pasado, y se mostró en extremo sentido del atropellamiento de sus gentes de librea: tomó parecer de los Ministros que le acompañaban, dando orden que al punto se le soltase y depositase en el convento de la Santísima Trinidad, que no podía absolutamente desampararlo, habiendo tomado el asilo de la casa embajatriz. In-

(1) Soldados de infantería que llevaban vivos blancos en el uniforme.

mediatamente llamó los lacayos que habían cometido el atentado, y quitándoles las libreas, los despidió de su servicio. No contento con esto, escribió al presidente de Castilla, el cardenal de Molina, diciéndole cuán de su desaprobación había sido el atentado cometido por sus criados de librea, y que para que su eminencia pudiese castigar con más libertad á los agresores, les había quitado la librea de su casa y servicio. El Cardenal respondió vocalmente que daría de todo cuenta á la corte, que entonces estaba en el Real Sitio de El Pardo.

Muy satisfecho quedó el embajador portugués de las providencias tomadas, que como ignoraba las iras de la reina de España contra su amo, creyó que no tendría el caso la menor resulta, y antes bien, por lo mismo, se aplaudiría su conducta, como la aplaudían ya en Madrid, especialmente los Ministros que habían sido testigos del suceso.

No se discurría así en El Pardo respecto á lo que se vió ejecutar el martes de aquel Carnaval, en cuyo día, á las nueve de la mañana, desembocando de la calle del Barquillo tres compañías de infantería, comandada cada una por dos tenientes y el todo por un capitán, desfilaron á la casa del embajador, y tomando la puerta un fuerte destacamento con bayoneta calada, entró el resto por el palacio, haciendo presos á cuantos encontraban en cocinas, reposterías y antesalas. Calentándose al fuego en una chimenea estaba el embajador, en compañía de un médico portugués llamado Machado, y al oír tanta bulla, creyendo

que sus domésticos eran los autores, envió al médico á que los pusiese en orden y que les dijese de su parte que se hiciesen el cargo de que era muy temprano para dar principio al Carnaval, y que madama su esposa estaba aún reposando.

Al bajar Machado se halló repentinamente con un soldado que, con bayoneta calada, le hacía las mayores instancias á que se rindiese. La respuesta del médico fué ganarle poco á poco el fusil, y tirándole al suelo, cargarle de patadas y oprobios. Cargaron más soldados, y él se retiró á toda prisa á la sala, seguido del capitán y de algunos soldados: á vista del embajador se serenó algo la refriega, y queriendo informarse de caso tan atroz, dijo el capitán que él era mandado, y no hacía otra cosa que ejecutar exactamente las órdenes de S. M., y que así S. E. no llevase á mal el que todos sus domésticos fuesen conducidos á la cárcel de Corte. El embajador pidió le exhibiese la Real orden, y el capitán respondió que no se la habían dado por escrito, sino vocalmente.

—No esperaba yo, replicó el embajador de Portugal, tal violencia; y pues no me hallo en estado de resistir la fuerza, tampoco quiero ser testigo de una acción en que se violentan todos los derechos de las gentes, y que hasta los más bastardos lo abominarán para siempre. Dicho esto, volvió las espaldas al capitán, y aparentando grande serenidad de ánimo se volvió á sentar al fuego, prosiguiendo su conversación con Machado.

Los soldados lo escudriñaron todo, sin perdonar, siquiera por decencia de sexo y calidad, las



alcobas de la embajatriz y sus damas, que todavía estaban en la cama. Catorce domésticos atados ignominiosamente fueron llevados á la cárcel de Corte, dejándole al embajador apenas un cocinero que dispusiese la gran comida para aquel día, respecto á que en él tenía convidados los más de los Ministros extranjeros.

Al punto que esto pasó se dirigió el embajador al convento de los padres Carmelitas Descalzos, y haciendo al P. Fr. Manuel de San José exacta relación de todo lo sucedido, le pidió su consejo: el Padre le respondió que, pues así se había atropellado el decoro debido á S. M. Fidelísima, hiciese al punto bajar sus reales armas de la puerta y se saliese de Madrid á Carabanchel, desde donde se harían los convenientes recursos, y se esperarían las órdenes de Portugal.

Aunque inocente el embajador por lo tocante á este caso, temía, con todo, respecto de estar por entonces algo en desgracia de su amo por otros motivos particulares, el perderse enteramente, y que desde luego se atribuiría á alguna imprudencia suya este suceso en Lisboa.

Consolóle el P. Fr. Manuel, manifestándole con la mayor confianza el oculto motivo que hacía mover á la reina de España, y que jamás se le pondría ni presentaría mejor coyuntura para que no fuese desatendido en su corte, pues al cabo, reinformado el rey D. Juan de todo el suceso, por no dar á entender que desaprobaba la conducta de este lance, perdonaría los disgustos pasados.

Consolóse el embajador, y efectuando á la letra

el consejo del P. Fr. Manuel, y despachada posta á Lisboa, se salió de Madrid, y desde Carabanchel hizo una larga representación al Ministro de España: éste respondió que lo practicado era orden del Rey, que castigaba así el atentado del domingo próximo pasado.

Altamente herido el rey D. Juan de un atropellamiento tan extraordinario, hizo cargo de él al marqués de Capecellano, embajador de España en aquella corte. Este Ministro respondió que á él no se le había dado parte de nada, ni tenido el menor aviso de Madrid, y que por lo mismo no podía responder á S. M. Fidelísima hasta tenerla de S. M. Católica. Este desprecio, y la serenidad con que en Madrid se procedía, como si lo hecho fuera de poca monta, irritó más vivamente al Monarca portugués.

Al punto, viendo no se le daba la menor satisfacción, hizo que el P. Fr. Manuel de San José le enviase una muy menuda relación de todo el lance del atropellamiento de la casa de su Ministro, y al punto que la recibió practicó lo mismo con la del marqués de Capecellano en Lisboa, observando las mismas circunstancias de tiempo, soldados y domésticos, á excepción de no visitar las alcobas de la embajatriz y sus damas, dando asimismo orden al embajador que saliese de sus dominios en cierto número de días, á proporción de los que á su embajador se le señalaron en Madrid para salir de España.

El señor de Belmonte, al intimarle la orden de salir de España, se halló embarazado por falta de dineros: buscóselos el P. Fr. Manuel, en

tregándole mil doblones, los que pagó inmediatamente, de dos mil que le vinieron de Lisboa.

Toda esta agencia y solicitud del P. Fray Manuel á favor del Ministro portugués ofendió sumamente á D. José Patiño, y mucho más á la reina de España, que querían ver al señor de Belmonte reducido á un total desamparo de consejo y de dinero, para que así fuese mayor la vejación de su expulsión. No obstante, por un efecto de política, mirando como baja el ensangrentarse tomando venganza de un pobre fraile, les obligó á dejarle pacífico en Madrid, sin atender á que un hombre tan amante de su nación podría serles motivo de la inevitable guerra con Portugal. En efecto, encendidas en muchos odios, las dos coronas hicieron marchar sus tropas á las fronteras.

Portugal se hubiera visto en extremo peligro si (no ocupada la España en la guerra de Italia), hubiera tomado de veras el negocio; pero se contentó por entonces en solo ponerles miedo haciendo desfilar un cuerpo de tropas hacia Badajoz y armando en Cádiz una pequeña escuadra destinada para tomar el importante puerto de Peniche. Este era un golpe fatal se si lograra darle á tiempo, pues así se dejaba libre la entrada de Lisboa, incapaz de grande resistencia: por eso se guardaba este punto con el mayor sigilo; pero como era necesario fiar de algunos el secreto, vino á ser partícipe de esta empresa (por un medio que se calla de propósito) nuestro padre Fr. Manuel de San José: éste, con la mayor prontitud, avisó á Lisboa, y echando los portu-

gueses todo el resto en la conservación de Peniche, y haciendo bajar una escuadra inglesa en su socorro, quedó tan frustrada la expedición, que ni aun de Cádiz salió la nuestra.

Permanecía, sin embargo, entre las dos coronas la desazón, pero sin acometerse ninguna á cosa de importancia. Llegó en esto el mes de Diciembre del año de 1735, y á principios de él salió (á lo que comunmente se cree) el P. Fray Manuel con su primera decantada sátira:

*Yo soy en la corte  
un crítico duende,*

nombre que le quedó al autor de estas satíricas discreciones.

Su repetida continuación todos los jueves de cada semana, en meses y más meses, sin callar las cosas más internas é importantes secretos del Ministerio, que en ellos decía, daba á ver los internos de otros Gabinetes, que venían á descubrirse con el método alegórico que variaba en cada escrito; la célebre invención, y lo bien recibidos que eran generalmente estos papeles, de tal modo conmovió al desagrado del Gabinete de España, que se hizo punto de razón de Estado descubrir al Duende por cualquier precio.

Las diligencias que se practicaron fueron las más exquisitas, y las personas que se encarcelaron muchísimas. A cada prisión que hacían se juzgaba al Duende preso. Este, no obstante, continuaba en escribir del mismo modo, y por el propio motivo proseguían con mayor solicitud las

prisiones y arrestos sin perdonar condición, sexo ni estado; pero el Duende proseguía siempre escribiendo con grandísimo sosiego, y aun por esta razón tenían sus sátiras mayor aplauso. A todas partes se enviaban estos papeles, y se decía que el incomprendible modo con que se aparecían en Palacio caracterizaba al Duende de esta cualidad, pues tal vez en el bolsillo de la casaca de D. José Patiño, unas en la servilleta de la Reina, ya en el bufete del cardenal de Molina y otros parajes donde parecía imposible introducirlos, se encontraban, sin poder atinar el modo ni la oculta mano que era instrumento de estos sensibilísimos juguetes.

Cuando así el *Duende* entretenía la ociosidad y admiración, de repente se esparció por todo Madrid y sus contornos la voz de que le habían preso en Talavera de la Reina, por donde pasaba á Portugal fugitivo, y traídole preso á su convento de carmelitas Descalzos en la calle de Alcalá. La esparcida voz era verdaderamente cierta, pues, en efecto, de este mismo modo había sido conducido el P. Fr. Manuel á su convento de Madrid.

En aquel tiempo había sido elegido General de los carmelitas el Rdo. P. José del Espíritu Santo, y pocos días después de su elección vino el General á Madrid, y al punto mandó al P. Fr. Manuel saliese de la corte y dominios de S. M. Católica, porque (decía), era él, sin género de duda, el verdadero *Duende*, autor de las celebradas sátiras. Representó el súbdito con la mayor viveza, é hizo ver al Rdo. General que aquella determi-

nación era en sí violentísima, y expuesta su ejecución á mil funestas consecuencias y peligros; porque si el motivo de echarle de Madrid y de España era por sospecharse en la corte ser el buscado *Duende*, una ausencia tan repentina había de persuadir el asunto á todo el mundo, como cosa ya justísima y justificada, mayormente hallándose entonces inmediato á predicar dos sermones, uno al Rey y otro á la Princesa, ambos con la enunciación de carteles fijados en las esquinas de Madrid y sus plazas. Así procuraba disuadir á su General el P. Fr. Manuel; pero todo en vano, porque sin darle lugar á nuevas réplicas, le hizo partir al instante. Hízolo así, dirigiendo su viaje á Talavera de la Reina, mas con tanta precipitación que, no pudiendo disponer de sus papeles (porque instaba mucho el General), los dejó en Madrid para que en mejor ocasión se los remitiesen á Lisboa.

No se descuidó el P. Fr. Manuel en protestar acción tan violenta y conminar funestas consecuencias al nuevo General. No hubo hombre prudente de dentro y fuera de Madrid y la Religión, que no condenase la irregular conducta del jefe carmelitano, persuadiéndose unos y otros á que el buen deseo que tenía de bienquistarse con la covachuela y de hacer un gran mérito para la Reina, le habían hecho atropellar ciegamente los intereses de su súbdito, llevado al parecer de alguna fantástica esperanza.

Como la partida del P. Fr. Manuel no había sido tan de secreto que no lo supiesen muchos ó todos los del convento y algunos de fuera, á las

veinticuatro horas llegó á noticias del Gobierno que, haciendo ciertas las sospechas, se conmovió enteramente. A todas partes se disparaban postas y correos. A toda prisa hizo el presidente de Castilla venir á su palacio al Rdo. General de los Carmelitas descalzos, quien preguntado por el P. Fr. Manuel, respondió que ya había proveído de conveniente remedio, enviándole desterrado á Portugal. Imprudente, ó acaso maliciosa respuesta, pues contenía una nada necesaria declaración de ser culpado el súbdito, supuesta la providencia ó castigo del superior. No (dijo al punto el Presidente): en Madrid le queremos al momento; en Portugal de ningún modo: y obligando al Rdo. General á dar allí mismo por escrito orden, despachó posta sobre posta á Talavera de la Reina, donde le suponía, y más adelante, si acaso había pasado.

Luego que de casa del cardenal de Molina se restituyó á su convento el Rdo. General, pasó con otros padres graves á examinar los papeles, uno por uno, del P. Fr. Manuel, á fin (decía) de que si hubiese alguno que le pudiese perjudicar, se quemase antes que viniesen los ministros del Gobierno. Con esta al parecer misericordiosa providencia, representaba para con los religiosos un amor paterno con su súbdito, y dimanaba de un efecto de fingida prudencia, que era en realidad una máscara con que atropellaba los intereses de su súbdito para así hacer nuevos méritos con el Ministerio.

Los papeles que se le hallaron sujetos á este fin fueron algunos trasuntos ú originales, acaso

de las sátiras del *Duende*: no eran completos, y para el orden de su serie faltaban algunos. Se halló también un borrador de una carta en francés, escrita de su puño, y al parecer escribíala á un Ministro extranjero, en que discurría menudamente sobre el estado presente de España.

Finalmente, le hallaron otro papel de mano ajena, cuyo título era: *Consejos amigables y saludables al Duende de Madrid*. Estaba éste enmendado en varias partes, de letra del P. Fr. Manuel, y en una en que decía al *Duende* que *había Alhambra en Granada* y que no escribiese más, se halló enmendado que *había zahurdas en Pluton*, aludiendo éstas á las cárceles del Diablo, en los sueños de Quevedo, y aquélla solamente á la del General Fr. Pablo (1).

Hecha esta diligencia, entregaron los papeles al P. Provincial para que los quemase por su propia mano cuando le llevasen luz á su celda por más disimulo; pero se vió en menos de una hora mudar de parecer al Rdo. General, quien pidiéndoselos nuevamente al P. Provincial, se los remitió todos al presidente de Castilla, con la disculpa de decir á los religiosos que era mejor con esta confianza tenerlo propicio y favorable en una causa en que se necesitaba de alguna gracia del Juez, por ser demasiadamente clara la culpa; éralo por cierto, pero sólo por su imprudentísima ó maliciosísima conducta. En vano se empeñó el P. Provincial en disuadirle de un proce-

(1) Que había muerto estando preso en Granada, no sabeos por qué motivo.



der tan extravagante y nocivo hacia el P. Fray Manuel, porque insistiendo en su riguroso sistema el General, entregó al cardenal de Molina todos los papeles.

A los tres días llegó el *Duende* preso á Madrid, conducido desde Talavera de la Reina en un coche del Sr. Quincoces, presidente de la Sala; llevado en él al convento le salió á recibir á la puerta con otros padres graves el R. General, quien le condujo á la cárcel, que lo es de rigurosísima estrechez, y al entrar en ella le dijo de esta forma: «Hijo, yo no lo puedo poner en prisión sin hacerle causa, pero es orden del Rey.» Mandóle desnudar enteramente y registró hasta la menor costura de los hábitos; hecho el examen sin haberle encontrado nada, reconvino al despedirse el P. Fr. Manuel á su General, hablando en tono de profecía.

Cerrado y recluso estrechamente, y establecidas con el P. Fr. Manuel todas las formalidades de una rigurosa prisión, sin poder comunicar con nadie, pues estaba todo tomado con guardias, quedó así desde las nueve de la noche del día 30 de Mayo, y el día 2 de Junio le sobrevino un accidente al Rdo. nuevo General, que en breve tiempo le puso en agonía, y recibidos los Santos Sacramentos expiró á la misma hora que tres días antes había encarcelado á su súbdito, sin haber sido más que cuadragésimo segundo General, ni hecho en ellos otra cosa digna de atención que la prisión del P. Fr. Manuel.

El accidente de este no esperado suceso pudo, como otros muchos, dimanar de causa natural;

pero el conjunto de las circunstancias hacía titubear si sería efecto de una misteriosa providencia superior.

De lo que el P. Fr. Manuel pasó allá dentro de su encierro, sabemos casi nada: la reclusión era tal, que no le podía hablar en ella ninguno, ni aun los religiosos de su convento. Sólo el reverendo P. Provincial le visitó tres veces.

De quien tuvo más visitas fué del Sr. Quincoes; mas siempre como Juez, á tomarle varias declaraciones; pero el P. Fr. Manuel se desembarazaba de tal forma de los interrogatorios que le hacían en lo cuestionado de su causa, que los Ministros se desengañaron de no poder concluir prueba alguna, habiéndoles como entredicho, con la sutileza natural de sus razones, todo el oficio judicial de repreguntas; pero de eso mismo y de otras reflexiones, sin probarse nada efectivamente. con todo, por sólo el sólido principio, se imaginaron ser el P. Fr. Manuel el verdadero *Duende* y no otro alguno, porque solamente en él (decían) se hallaban las necesarias cualidades para serlo. Además, que el papel que le encontraron corregido de su mano, lo daba claramente á ver, pues no tan sólo era directo al *Duende*, como se veía en su título, sino que con el P. Fr. Manuel en todo su contexto, porque conminar al *Duende* con el recurso de la Alhambra de Granada donde murió preso el reverendo General de carmelitas Descalzos, era un argumento en toda forma consecuente que sólo á otro carmelita se le podía decir en tono de amenaza trayendo aquel castigo á la memoria. La enmienda de su mano era un evi-



dente indicio de que quería desviar al *Duende* de los ojos del Común.

De la indiferencia de la carta francesa inferían peor los Jueces, pues según ella, el P. Fr. Manuel mantenía sin duda en alguna corte singular correspondencia, con deservicio de esta Monarquía. Así se discurría; pero, en suma, nada podían probar con certeza y evidencia.

Nueve meses se pasaron en silencio sin que el pueblo supiese cosa positiva del P. Fr. Manuel; unos lo daban por muerto, otros por sepultado, cuando de repente, mientras en él nadie pensaba, se esparció por Madrid la voz cómo en el día 17 de Marzo de aquel año de 1737, por la noche, se había salido de su cárcel y prisión el P. Fr. Manuel, volviéndose á decir á boca llena que éste era sin duda el legítimo *Duende*. El modo incomprendible de la fuga por todas partes y circunstancias, lo daba á conocer con evidencia.

En efecto: á las ocho de la mañana del día 17 de Marzo fué advertido el prior del convento por un ministro ordinario de justicia, mandado (no se sabe por qué causa) del Inspector general de infantería, que observase bien si le faltaba algún religioso de la Comunidad: hizolo al instante el prior, dirigiéndose, bien acompañado, á la cárcel del P. Fray Manuel: la halló muy bien cerrada, y sin la menor novedad: abrieron, no obstante, la primera puerta, y luego la segunda; pero habiendo en la tercera allánado con la llave, como en las dos primeras, la cerradura, no por eso la puerta les franqueó la entrada, siendo necesario para lograrlo forzarla con violencia, no pu-

diendo de ningún modo abrirla, por tener por dentro echada una aldabilla. En fin, abrieron; mas, ¡qué pasmo el suyo cuando nada encontraron en la cárcel! ¡Qué suspensión al reconocer las paredes, y también las tejas sin la menor violencia! ¡Qué encogerse de hombros al ver la puerta intacta! En fin, veían al P. Fray Manuel salvo, sin saber de qué forma.

Nadie ha podido descubrir hasta ahora el modo de una fuga que no tiene ejemplar en las historias: sólo el rey de Portugal es depositario de este misterio, sin que á otro alguno se lo haya querido manifestar el P. Fray Manuel; pero aunque ignoramos el cómo salió de la cárcel, todavía no se nos ocultan las demás circunstancias, muy dignas de notarse.

Lo primero, es cierto que en la prisión tuvo recado de escribir, pues un largo manifiesto que escribió a su Rdo. General á Guadalajara se vió en quince días, y quince ejemplares la mañana misma de su fuga, y por consiguiente, siendo todos de su letra, no se pudieron trabajar fuera de la prisión, cuando apenas hubo tiempo bastante para repartirlos á otros tantos sujetos.

Lo segundo, es preciso que tuviere tinta, papel, tijeras y recado de coser, pues del manto blanco cortó las suficientes tiras para formar dos cruces semejantes á las de los hermanos del Divino Pastor, traje que quiso remedar para su fuga, aprovechándose del manto pardo de un hermano donado que le servía de guardavista, al que, acomodándole sobre el hombro, para abajo la una cruz y la otra en el escapulario de su hábito, am-

bas bien cosidas, compuso el disfraz de su fuga. Es cierto que en una banquilla que le dieron desde el principio de su prisión había en un cajoncillo inferior un poco de pólvora, de la que usó para untar un hilo que ató en la aldabilla de la puerta por dentro para que (quemando después el hilo, como lo quemó), desapareciesen sus cenizas, para así dejar en mayor consternación á los que viniesen á la prisión, hallándola cerrada por dentro, para lo cual era menester también tener fuego, y, por consiguiente, es necesario conceder que le hubo.

De dónde tuvo el Padre estos aparatos y las tres precisas llaves para abrir y volver á cerrar las tres puertas de su prisión en aquella noche, es el mayor misterio, pues él mismo jura, estando ya salvo (y á los que saben sus circunstancias se les hará increíble otra cosa) que para su salida y fuga no le había dado persona alguna seglar, ni religiosa, ayuda, auxilio, favor, ni amparo, directa ni indirectamente, mediata ni inmediatamente. Supuesto, empero, que le tenemos fuera de la prisión sin saber el cómo, sigámosle los pasos, que son bien dignos de estamparlos en esta relación.

A media noche, dejando la cárcel, bajó á la iglesia, y como tenía bien premeditado todo lo que debía ejecutar, acudió á una cátedra portátil de madera que servía para los sermones de algunas capillas particulares de la iglesia, que estaba lo más del año arrimada á la puerta del cancel: había él destinado este hueco para refugiarse oculto, hasta que, bajando el sacristán por la ma-

ñana á abrir la iglesia, le franquease las puertas de ella para la fuga.

Este proyecto, que en la prisión había contemplado fácil, lo halló en la ejecución impracticable, porque la falta de uso había de tal suerte apretado los goznes y extremidades de la portezuela, que chillaba demasiado al forcejear para abrirla y cerrarla: por lo mismo desamparó esta primer idea, y determinó dejarse algo más á la fortuna que hasta allí le había sido propicia. Metióse, pues, detrás de la puerta del cancel, y allí pasó hasta la mañana lleno de susto, porque no sabía si el sacristán tiraría por la derecha ó por la izquierda al ir á abrir la puerta de la iglesia: era perdido sin remedio si se venía por donde él estaba. Su fortuna estuvo en que el sacristán tiró por el lado opuesto y abrió la iglesia, volviendo á subir para la sacristía por el mismo camino que había bajado.

Vencida esta dificultad había que sobrepujar otra mucho mayor, y de un susto grande había que pasar á otro incomparablemente más grave, y era que en el pórtico de la iglesia había cincuenta soldados de guardia, si bien estaban dormidos; pero el centinela estaba vigilante, paseándose de un extremo al otro á lo largo del atrio. Toda la presencia de ánimo de nuestro Duende parecía pequeña en este crítico lance. Esperar más tiempo en la iglesia era exponerse á mil peligros de los religiosos que precisamente habían de bajar á empezar luego las misas, y de algunos seglares que podían entrar á oirlas. Determinó, pues, salir antes que los unos ó los otros le des-

cubriesen: observó lo mejor que pudo de antemano hacia qué lado tomaba el centinela la vuelta; cierto que siempre doblaba sobre la derecha, al pasar por frente de la puerta de la iglesia, le siguió, tomándole la espalda, y después, doblando con él del mismo modo, llegó hasta en medio del pórtico, y suspendiendo un instante el paso para que el soldado avanzase en su camino, se descolgó áfuera, y se ocultó detrás de la basa derecha del arco de la fachada para no ser visto al volver del engañado centinela. Bajó muy serio todo lo que resta de la calle de Alcalá para el paseo viejo, y por él, dando mil gracias á Dios, marchó á la calle de Atocha con ánimo de refugiarse en el convento de Padres Agonizantes, que está frente del santo Hospital General. A escoger este asilo le determinó el no haber él frecuentado aquella casa, donde, por lo mismo, no sería sospechado ni buscado; además que tenía confianza de hallar buena acogida en un Padre portugués que allí vivía, una vez que con él desabrochase su aflicción. Justamente al abrirse las puertas llegó á los Agonizantes, y preguntó al portero por el padre Carballo: díjole que estaba durmiendo, por haber salido aquella noche con el padre Prefecto á auxiliar á un moribundo. Sin preguntar más, por no exponerse, entró á misa á la iglesia para tomarse algún tiempo más, para pensar con más sosiego en lo que debía ejecutar. Estando en estas reflexiones, advirtió que un paje del Sr. Quincoces, á lo que se acordaba, le estaba observando con gran cuidado, y que sin acabarse la misa se salió de la iglesia: dándose en ella por mal seguro,

hizo lo mismo poco después nuestro P. Fray Manuel, y mientras el paje iba á dar el consabido aviso, dobló nuestro Duende hacia Antón Martín y se presentó al Prior, explicándose con él muy á la larga, y aun estrechándose; pero lo que en otro hubiera producido un buen efecto, le embargó el ánimo de tal manera al Prior que se contemplaba perdido con toda su Comunidad aun en mantener en su compañía al Duende el tiempo que tardó en relatarle su larga aventura.

Viendo, pues, que el padre Prior se mostraba inflexible á sus ruegos por un pánico temor de infaustas consecuencias, se despidió el P. Fray Manuel, suplicándole que á lo menos callase por un poco de tiempo y le guardase el debido secreto. Ofrecióse á esto desde luego el Prior, y el Duende se encaminó á la casa de un portugués, llamado D. Alejandro. Este era un mala cabeza que, después de haber corrido mil aventuras en su país, se escapó de Lisboa con una rica heredera, con la que vivía maritalmente en esta corte, sumidos ambos amantes en la más estrecha escasez de recursos.

El P. Fray Manuel llegó á tocar á la puerta de los dos afligidos amantes, y recibieronle éstos como á un ángel venido del cielo. Pasado un breve tiempo en mutuas relaciones de comunes desgracias, dispuso el P. Fray Manuel al momento el echar los correspondientes sobrescritos á quince manifiestos que había escrito en la prisión, y entregándoselos á D. Alejandro para que los hiciese repartir con el mayor secreto. Considerando por entonces no segura la estancia, por



ser sospechosa al juez, determinó, ya cerca de las ocho de la mañana, el pasar cerca de las huertas de San Pablo, que están junto al Retiro, y ocultarse allí lo que pudiese, mandando á D. Alejandro que no le fuese á ver de ningún modo hasta la noche, á menos de no ocurrir cosa grave; y que, después de repartidos los quince manifiestos, discurrese en el mejor modo de ocultarle hasta poderse aviar de lo necesario para el viaje á Portugal.

Apenas salió el P. Fray Manuel de la casa de D. Alejandro, cuando entró en ella el Sr. Quincoces, y la registró sin perdonar rincón alguno. Hizo mil preguntas á los fingidos esposos, y éstos le satisficieron de tal modo con sus cautelosas respuestas, que totalmente se venció á que no sabían nada aquellos dos amantes del buscado Duende. Si él hubiera registrado los bolsillos de D. Alejandro, sin duda hubiera hallado en ellos los manifiestos, y en ellos todo lo que buscaba, y acaso el principio de la perdición de todos tres; pero no era fácil discurrir que el Duende se ocultaba hasta en un bolsillo.

D. Alejandro repartió los manifiestos á las personas distinguidas para quienes iban destinados, con tanta felicidad que, puestos en las manos de los domésticos, sin esperar la respuesta, ninguno podía decir con certeza quién había sido el distribuidor.

Viendo el Gobierno que no podía impedir el curso de la fuga, ofreció por el hallazgo y repri-sión del P. Fray Manuel la crecida suma de tres mil doblones efectivos á quien arrestase de nuevo su persona.

Estaba ésta con algún sosiego, ya tomando el sol entre los pobres, ya entre los cardos y matorrales de una huerta. Aquí perseveró, hasta que por la noche su amigo D. Alejandro le vino á consolar, y le dijo que había distribuído los manifiestos sin el menor tropiezo y buscádole felizmente el refugio que había de menester. Este era la casa de un sastre amigo suyo, hombre de bien y de conocida lealtad, incapaz de dejarse llevar de una traición por todos los intereses del mundo. Llamábase Sebastián, y se oculta su apellido, como á otros personajes de esta historia, porque, sin ser necesario, podría ser perjudicial.

Supo confidencialmente que por el camino y el campo se patrullaba todo el día y toda la noche con dobles patrullas de guardias de á caballo; que en las puertas de la Villa se observaba un estrechísimo rigor con todos los que pasaban, reconociéndolos menudamente, y que las posadas todas de las aldeas vecinas á Madrid estaban prevenidas.

Con dinero que proporcionaron al Duende sus buenos amigos, salió al medio día por la Cuesta de las Vistillas al Puente de Segovia, y llegando á Cubas se proveyó de lo necesario.

De Cubas fué á Toledo, en compañía de don Alejandro, y de Toledo, por el camino menos poblado, enderezaron para Guadalupe. Luego que arribaron quiso el P. Fray Manuel visitar aquel célebre santuario, y ver si entre los religiosos hallaba una cosa que le era sumamente necesaria para el paso de la villa de Zafra, pues siendo un pueblo considerable y muy cercano al confín, se hacía peligrosísimo para el P. Fray

Manuel; además que no se puede en tiempo alguno pasar á Portugal sin dejar buenas fianzas en la frontera, y para dejarlas era menester, más que dinero, otros requisitos que del todo le faltaban por donde hacer constar que era un caballero de Guadalajara, llamado D. José de Estrada, que pasaba á Olivenza á negocios de la Real Fábrica. En este supuesto había marchado todo el camino. Captóse la simpatía del padre Sacristán, y consiguió que se le diese una carta de recomendación para la villa de Zafra. Mientras se escribía la carta para D. Juan de Ortega, vió el Duende sobre una mesa algunos pliegos de papel sellado, y al punto, tomando uno al disimulo, formó en él un testimonio en toda forma, que podía deslumbrar al más advertido.

La jornada de Zafra á Olivenza era la más peligrosa; pero pudieron evitar las patrullas castellanas, y dejando á un lado á Valverde y vadeando un río, entraron en Portugal sin desgracia.

Vió al Rey, y díjole éste que convenía sufrir por entonces las extravagancias de la reina de España, y era menester que ignorase su acogida á Portugal, y que así se dispusiese para pasar á Italia, donde debía vivir incógnito y como seglar á expensas de S. M.

Pidió antes de partir por D. Alejandro, y el Rey le perdonó benignamente. Casado aquél, se estableció con su esposa en Ébora, pero no se le dió licencia para entrar en la corte.

El Duende pasó á Italia, donde ha vivido de seglar hasta que falleció Felipe V. Entonces volvió al hábito en Florencia, y se declaró buen re-

ligioso. Después, por aviso de ciertos Ministros, ha vuelto á España, y está en la ciudad de Vitoria esperando las órdenes de Madrid y de Lisboa para partir adonde se juzgue conveniente en tiempos tan otros de aquellos en que tan cruel borrasca padeció, y en que hubiera perecido á los filos de la violencia si su habilidad no le hubiera dado las propiedades de verdadero Duende».

Con el párrafo anterior termina el manuscrito que hemos hallado referente á la historia del *Duende crítico*, y el lector habrá ciertamente advertido, como nosotros, la parcialidad que parece haber guiado la pluma que trazó tan interesante relación; parcialidad que se encamina á modificar en provecho del P. Fray Manuel el juicio que merecen actos cuya disculpa necesitaba razones de más fundamento que las aducidas.

El manuscrito es, en nuestro sentir, curioso, porque, á más de que nos pone puntual y exactamente al tanto de quién fué el celebrado *Duende*, nos presenta curiosos y desconocidos detalles de la historia cortesana de aquella época.

Las consideraciones que la conducta y prisión de Fray Manuel ofrecen á un examen detenido, pudieran dar lugar á una larga disertación, tomando por base el estudio social y político del reinado de Felipe V; pero esto rebasaría los límites que nos hemos fijado para dar á conocer el manuscrito, y la latitud de éste nos lo veda también, no menos que nuestra escasa competencia en el asunto.



1072302

